



El hilo de lo absurdo

Tantas veces hemos dicho y oído decir que la generación literaria de la Guerra Civil, aquella que siendo heredera del Novecentismo vio y vivió el hundimiento de su mundo y de sus esperanzas, que esta generación ha de ser valorada desde el beneficio de la duda, con el atenuante de no saber qué habría sido de ella si no hubiese existido aquel desastre, que parece que, de hecho, éste sea el gran impedimento o la gran excusa para no juzgar objetivamente el valor, el nivel, la calidad o la influencia de la obra de cualquiera de los miembros de esta generación.

Calders es uno de ellos. El primer tramo de su carrera artística (no sólo literaria) recibió el golpe de gracia de una guerra, de un exilio, de un retorno más que discreto y de un reconocimiento tardío y, probablemente, muy parcial, de su obra.

Pero, más allá de las circunstancias condicionantes (que no atenuantes), Calders creó un microcosmos en su ficción. Como Espriu, como Perucho, como algunos otros. Un mundo de lo absurdo de la realidad, un juego de espejos que ofrecían una visión fragmentada y distorsionada de la realidad (personal, de la condición humana, de su ciudad, de Cataluña, de México, de lugares imaginarios, da lo mismo). Una visión, sin embargo, no mucho más fragmentada o distorsionada que las que consideramos objetivas o fieles.

Calders tenía una especial habilidad para localizar, identificar y tirar del hilo de lo absurdo cómico, dramático o trágico de cualquier instante, lugar o situación de la vida. Y de todo ello hizo un universo personal, con sus obsesiones, sus valores y símbolos y sus especiales mecanismos de funcionamiento.

Es justamente este universo, esta realidad múltiple y poliédrica, resultante de la aplicación de los espejos de la ficción, lo que ha motivado el interés del CCCB por la propuesta de los profesores Castellanos y Melcion, en esta coproducción con la Institució de les Lletres Catalanes. El mundo de Calders habitará unos meses entre nosotros.